

nencia, pues no admiten ni el parecer de terceros imparciales y desinteresados; quiere, sí, disfrutar del contrato, pero rechazan las cargas, y en tanto que las naciones mas civilizadas comienzan á renunciarse al duelo, insiste entre ellos la costumbre del asesinato. Muchas gentes consideran hoy día la guerra misma como una preocupacion, ¡y quiera Dios que la paz, la facilidad de los viages y el acrecimiento de las relaciones comerciales, hagan que los que nos sucedan en la tarea de reproducir mas tarde este tratado, puedan con razon inscribir la guerra entre el número de los errores que se disipan del mundo! Pero la guerra tiene frecuentemente un pretexto de que carece siempre el duelo y la vendetta. Cuando se debaten el honor y los intereses de las grandes naciones, no encuentran fácilmente arbitrios de bastante autoridad, y cuyo desinterés merezca confianza suficiente para someterse sin apelacion á sus decisiones. Pero los particulares, no se ven jamas en esta necesidad cruel y cuanto mas grave sea la ofensa, menos temor deben alimentar de elevar su queja ante la sociedad, pues que pretender tomarse la justicia por sí mismo, es hacerse mas culpable que su agresor, pudiendo decir como Bacon; que si la primera injuria ofende á la ley, la venganza la destituye de hecho, poniéndose en su lugar.



INSTRUCCION

PARA

EL PUEBLO.

DEBERES PRIVADOS.

Filosofía práctica.—Moral usual.



MEXICO: 1840.

Imprenta de Vicente Garza Torres,
ex-convento del Espíritu Santo.



DEBERES PRIVADOS.

FILOSOFIA PRACTICA.---MORAL USUAL.



No es á la verdad una empresa fácil y sencilla, la de reunir en algunas páginas, de sustancioso contenido sin ser de digestion laboriosa, una materia que ha sido objeto de estensos y voluminosos tratados. Pero si todos los obstáculos nos hicieran retroceder, si nos asustaran todas las dificultades, no haríamos jamás en el mundo cosa alguna. Parécenos por otra parte, que cuando cada uno de nosotros es tan solícito y cuidadoso, por eso que se llama derechos, es muy importante fijar al mismotiempo la atención sobre lo que constituye la base de esos mismos derechos, y particularmente de aquellos que se han reclamado y defendido siempre con mayor entusiasmo.

NOCIONES PRELIMINARES.

II. El universo es la obra de una alta y sublime inteligencia; pero como esta inteligencia no ha podido producir cosa alguna sin una intencion, sin un fin, es decir, sin una mira de utilidad manifiesta, por eso cada uno de los seres creados, tiene por fundamento de su *existencia* la utilidad mas ó menos sensible, pero siempre real y efectiva, que puede prestar á alguno de los demas seres que le rodean, y por consecuencia al conjunto de todos ellos. Esta utilidad constituye lo que nosotros llamamos el *destino*.

La existencia es un hecho simple que solo consiste en ser ó no ser. El destino es un hecho completo, porque hay en él una mision que llenar, y un fin cuya realizacion es inevitable. El cumplimiento de esta mision es la sucesion de hechos y de circunstancias que cada dia modifican y afectan nuestra existencia. El fin es el fundamento, el motivo de esta existencia misma. El fin es inmutable, y por el contrario, el cumplimiento del destino es harto variable. Cuando las circunstancias que afectan á un sér creado se hallan en armonia con el fin de este sér, entonces se experimenta el *bien*; cuando esta armonia ó conformidad deja de existir, experimenta el *mal*.

Para hacer mas comprensible este pensamiento es para lo que concedemos á los seres en general la facultad de *experimentar*. Por lo demas, los seres en general están muy dis-

tantes de tener el sentimiento de su existencia. El hombre, como dotado de un alma que participa de la inteligencia suprema, es el único que tiene, no tan solo el sentimiento, sino tambien el conocimiento de su existencia y de su destino. El hombre solo experimenta, pues, el bien y el mal en toda su estension, en toda su plenitud, y como el hombre es libre para producir el bien y el mal á su arbitrio, resulta de aquí que mientras los demas seres cumplen ciegamente su destino sobre la tierra, el hombre tiene el deber de vigilar á toda hora el cumplimiento del suyo.

Hemos presentado el deber como la consecuencia necesaria del poder, porque pareceria contrario que Dios nos hubiese dado el conocimiento del bien y la facultad de producirlo, sin habernos impuesto el deber de contribuir á su produccion.

III. Por otra parte, el deber no puede tener mas objeto que el bien. Dios hubiera sido inconsecuente consigo mismo, si del bien y del mal hubiera constituido para nosotros dos deberes iguales. Es cierto que ha concedido sobre este punto á nuestra alma una libertad completa para que pueda obrar en el sentido que mejor le parezca; pero obrando á la vez como buen padre, y como ordenador sublime, ha previsto sabiamente los peligros de esta omnimoda libertad, y le ha impuesto como saludable freno la restriccion del deber.

IV. *El deber es el origen del derecho, y aun se le definiria mejor diciendo: El deber es la ejecucion de esa gran ley de reciprocidad que*

une á cada hombre con todos los hombres, y á todos los hombres con el Dios creador del universo.

Una ley de reciprocidad no puede ser jamas una ley de hostilidad ni aun de indiferencia. Al fin concluimos siempre por amar á aquello á quienes nos complacemos en ser útiles. Si los hombres no se aman hoy dia entre sí con entera igualdad, es porque no han comprendido igualmente esa reciprocidad cuyos efectos sienten, sin embargo, todos ellos. Por otra parte es necesario tener muy en cuenta las tribulaciones y amarguras que durante el curso de su vida experimentan los hombres, y que privan al espíritu de la calma necesaria para detenerse á considerar lo que se halla en derredor suyo. Pero no lo dudemos, llegará un dia venturoso, en que la humanidad se tocará por todos sus puntos de contacto, en que la reciprocidad ser á completa y reconocida por todos, y en que el deber será para los hombres una ley de felicidad y de amor.

V. En el entre tanto, y como nada en el mundo se produce por virtud propia, no debemos dormirnos en esa ociosa confianza: examinemos por el contrario, las diversas circunstancias en que está llamado el hombre á ejercer su libertad, el fin á cuya prosecucion debe encaminar constantemente este ejercicio, y el sentido en que debe siempre restringirlo. Véamos al mismo tiempo cuál debe ser el límite de esta restriccion, porque la exaceracion del deber, lo mismo que la exaceracion del derecho, tienen por consecuencia la destruccion de este cons-

tante nivel en que consiste la utilidad recíproca. Tan poco bueno debemos esperar del hombre servil como del déspota caprichoso y tenaz, porque ni en uno ni en otro encontramos una voluntad libre é independiente, toda vez que en ambos casos obra bajo el irresistible impulso de las pasiones.

Estudiemos, sobre todo, los efectos que produce el deber nobilmente comprendido y llevado á cabo, para sorprender de esta suerte en su causa primera, en su primitivo estado, las maravillas y prodigios que ha obrado en nuestros dias el amor del prójimo.

VI. Para ello observaremos primeramente al hombre considerado como individualidad, despues como miembro de una familia particular, y pasando de aquí á la gran familia ó estado á que llamamos patria, le consideraremos por último, en sus relaciones con la familia universal ó la humanidad.

PARTE PRIMERA.

DEBERES PRIVADOS.

VII. El hombre es un compuesto de dos naturalezas, la naturaleza espiritual y la naturaleza material; distintas, pero no contrarias la una á la otra, porque el destino de cada una de ellas en particular, no puede ser diferente del que está reservado al sér á quien constituye la reunion de ambas naturalezas. Si alguna vez las exigencias de la naturaleza material parecen hallarse en oposicion con las de la naturaleza espiri-

tual ó viceversa. esto es, por consecuencia de un error que hace que se exageren las condiciones del bien para la una con detrimento de las condiciones del bien para la otra. Las personas que creen hacer mas vigorosa su inteligencia sacrificando á ella la salud y las fuerzas físicas, se engañan tanto como las que preocupadas del cuidado de la salud y de las fuerzas físicas, descuidan completamente su inteligencia. La naturaleza material, ó el cuerpo, no es en realidad otra cosa que el instrumento de la inteligencia; y así como un mal instrumento deja burlada la habilidad del obrero mas esperto, así el mejor instrumento es una cosa que nada sirve cuando no lo dirige y utiliza la mano del saber y de la inteligencia.

VIII. Esta manera de considerar *al cuerpo como instrumento de la inteligencia* puede no ser igualmente clara para todos, y acaso au'orice á algunos para deducir de ella consecuencias favorables al sistema de los materialistas: vamos á dar sobre este punto unas breves esplicaciones.

Nosotros entendemos por inteligencia el conjunto de facultades que nos revelan, y por las cuales se manifiesta de un modo sensible la existencia del alma. Y ahora bien, ¿qué es el alma?— Hé aquí un punto sobre el cual el entendimiento de los mas sábios no ha alcanzado llegar mas allá que el de los ignorantes. Aquellos han adquirido, cuando mucho, un sentimiento mas profundo y mas justo del origen y del destino de esa parte espiritual y sublime de la existencia que eleva al hombre sobre todos los seres creados y

lo acerca á la divinidad que es su imagen y semejanza.

Nosotros tenemos la conciencia de la naturaleza inmaterial de nuestra alma y de la inmortalidad con que ha sido dotada: hemos llegado á analizar sus facultades; pero ignoramos hasta ahora su manera de sér, el modo como se nos infunde, cómo se halla colocada, cómo obra y se agita en nosotros. Es necesario, pues, someterse á ignorar este secreto, porque no es menos ridícula la pretension de entenderlo y explicarlo todo, que la fria ó indiferente resignacion con que algunos, sin examinar nada por sí mismos, todo lo admiten bajo la fé y el testimonio de los demas. Por otra parte, el misterio en que yace envuelta la existencia de nuestra alma no puede ser mas desconsolador para nosotros que lo son otros misterios en igual grado oscuros y difíciles de explicar. Tal es, por ejemplo, la existencia del principio divino que anima los seres organizados, la del principio de trasformacion que rige y modifica la materia, la del movimiento impreso á cada planeta en derredor del sol, y al universo entero en derredor de un punto central, que jamas llegarán á descubrir los esfuerzos de nuestro entendimiento, ni todos los adelantos de las ciencias.

No es esta la ocasion de examinar cuál pudo ser la intencion del Criador cuando revisió el alma inmortal é inmaterial de formas materiales y mortales. Bástanos reconocer que así se verifica; pero tampoco puede haber inconveniente alguno en que pretendamos descubrir la ley que rige esta alianza.

Toda vez que, según el consentimiento de todos los hombres, es un hecho cierto é indisputable que el alma una vez desarmada de la naturaleza material á que está afectada, comprenderá lo que no puede comprender ni alcanzar en este estado y bajo esta envoltura material; debemos concluir que esta última pone límites al poder del alma, no precisamente alterando el principio, sino influyendo sobre el modo con que estas facultades se ejercen. Hemos procurado espresar esta influencia cuando hemos dicho en otro lugar: el alma no está dentro de nosotros como un diamante dentro de su estuche, sino como la luz dentro de un fanal compuesto de vidrios de diferentes colores: esta luz es siempre la misma, y sin embargo no se presenta constantemente del mismo modo. Debemos añadir que esta luz no tiene la conciencia de los diversos efectos que producen en ella los cuerpos dífanos que atraviesa, en tanto que el alma conoce sus medios de percepción, y aun resiste muchas veces á las indicaciones de los órganos cuyas funciones ha de utilizar necesaria y forzosamente.

Cuando esta resistencia, pues, tiene por objeto el contestar la existencia de aquello que parece ser tal cual se representa, constituye lo que llamamos *la duda*.

Cuando por el contrario, el alma sostiene como existente lo que parece no ser ó ser de otra manera distinta de la que representan los órganos materiales, esta resistencia constituye *la fé*.

Esto decimos en cuanto á los objetos que sólo nos son perceptibles por medio de los sentidos;

pero la teoría de la duda y de la fé es igualmente aplicable á los que percibimos por medio de la inteligencia.

Bien lejos, pues, de favorecer el error de los materialistas, es en concepto nuestro, despojarles de su más especioso argumento, considerar á la materia representando el papel de órgano más ó menos imperfecto; pero siempre susceptible de perfección, del alma que encierra y que en sus manifestaciones solamente, más no en cuanto á su esencia, exprime de un modo pasajero la influencia de la naturaleza material á que está afectada. ¿Qué ilusión fisiológica pudiera destruir ó hacer vacilar la confianza del hombre sincero cuando haya llegado á comprender, que el estado de demencia ó el de sana razón no son, en último análisis, sino el resultado de los diferentes estados de salud en que pueden hallarse los órganos encargados de servir á la manifestación del alma, la cual en todo caso permanece siempre como testigo misterioso, pero no indiferente, del orden ó del desorden que se produce en derredor suyo? El éter que aspira el desgraciado paciente no llega nunca á su alma: ésta, haciendo abstracción de sus manifestaciones exteriores, no tiene nada de común con la materia. En vano procurareis extinguir una parte determinada de la sensibilidad física; en vano afictareis á tal ó cual facultad, resultado de esta sensibilidad misma: mientras que el hombre subsista, el alma se conservará en él siempre poderosa y siempre pronta á manifestarse del modo que lo permita la naturaleza de sus órganos.

IX. La cuestion que acabamos de proponer es en extremo grave y delicada, y no pretendemos por cierto haberle encontrado una soluc on evidente por mas que la hayam s espuesto con una conviccion profunda.

X. Puesto que el hombre reúne en sí las dos naturalezas de que antes hablamos, cada una de las cuales tiene su destino particular, y puesto que tiene el deber de procurar que solo se produzca el bien para una y para otra, examinemos lo que debe hacer el hombre con este doble objeto, principiando por nuestra naturaleza física, porque es la que primera que se manifiesta.

XI. La salud es el bien físico del hombre; por consiguiente nuestro deber en cuanto á nuestra existencia física, no es otro que la conservacion y cuidado de nuestra salud.

Pero la salud no consiste en lo que ordinariamente significa esta palabra, es decir, en la ausencia de los padecimientos y de las dolencias físicas: la salud es mucho mas todavía; es aquel estado que en cada uno de los órganos y todos los órganos reunidos funcionan con bastante poder y regularidad, para espresar de una manera completa las manifestaciones de nuestra alma, y para no llevar á la inteligencia sino el menor número posible de causas de perturbacion y de error. No todos los órganos están formados para desempeñar los mismos oficios, porque los unos sirven particularmente a la existencia física, mientras los otros se consagran al servicio de la existencia moral; pero todos concurren, sin embargo, á un solo hecho,

es decir, á la vida; y las modificaciones en el estado de salud de ésta, influyen á la vez sobre la salud de nuestra existencia física y sobre la de nuestra existencia moral.

XII. Detengámonos ahora un momento á estudiar el instinto, ese pálido resplandor tan diferente de la inteligencia, y con la cual se le confunde, sin embargo, á todas horas y con una facilidad asombrosa.

Cuanto mas observemos y examinemos la obra de Dios, mayor inmensidad descubrimos en ella; mas penetrados quedamos de admiracion, y mas se fortifica en nosotros la confianza en el sublime Autor de todo lo creado. Por todas partes vemos impreso en esta grande obra el sello de un solo pensamiento, en cuya vasta estension abarcó la omnipotente sabiduría cuanto existe y puede existir. La ciencia no acierta á descubrir en ella cosa alguna que no sea la consecuencia necesaria de lo que habia anteriormente descubierto. La combinacion de la mas insignificante de nuestras máquinas, nos obliga á ensayar inútilmente un sin número de ruedas: y en tanto el universo entero se mueve, y sus innumerables partes se atraen, se repulsan, se contienen unas á otras, se modifican cada una en sí misma, y todas ellas en sus varias é infinitas relaciones, sin que el menor de los átomos que las componen se aparte de esta combinacion de leyes universales, ni descubra la menor imperfeccion de parte del sublime ordenador de todas las cosas.

Mas no paró aqui la intencion del Criador. Dios, despues de haber formado el universo, y

puesto cada cosa en su lugar y despues en movimiento, ha confiado á cada una de las partes de su obra, el secreto de la ley de órden que rige á todo su conjunto: ha proporcionado, sin embargo, la estension de esta confianza á la necesidad que tiene cada parte del auxilio de las otras, y á la importancia del papel que debia representar en aquella grande obra. Qué piadosa, qué grande, qué poética es la idea de prestar una intencion, casi un pensamiento, á la flor que se despierta con la alboroda y se duerme con los últimos resplandores del dia! Esto se parece al instinto: acaso es un instinto verdadero; acaso existe la misma distancia entre el hombre y el animal, que entre el animal y la planta. ¡Oh! y quién se atreveria á decir, hablando de Dios: "El no pudo hacer eso." Solo lo absurdo es imposible para Dios, porque lo absurdo es la negacion del órden y del acierto: mas no podemos calificar de absurdo todo lo que no sabemos, todo lo que no alcanza nuestra limitada inteligencia.

XIII. Como quiera que sea, es innegable que cuando menos los animales, están dotados de cierta facultad de sentir mas ó menos desarrollada, segun las condiciones anteriormente indicadas. En esto conviene todo el mundo. A esta facultad, que no tiene como la inteligencia la conciencia de sí misma, y á la que el animal obedece siempre sin contradiccion alguna, sintiendo el bien y el mal fisico; pero sin darse cuenta de sus actos, es á lo que se ha dado el nombre de instinto.

Sin embargo, bueno será confesarlo de cuan-

do en cuando, aunque no sea mas que por modestia y humildad; en nosotros no predomina tan completamente el espíritu, que no tengamos tambien mucho de materia, y que al lado de los grandes prodgios de nuestra inteligencia no se abran lugar las terrestres incitaciones del instinto. Precisamente en medio de esta constante lucha de ambos principios, de los cuales el uno aspira á lo infinito, y el otro se encierra y arrastra en lo finito, es donde hallamos mas frecuente ocasion de ejercitar el precioso don de la libertad.

XIV. Solo el tiempo y la propia esperiencia vienen á hacernos conocer á nosotros mismos y á hacer que nuestra inteligencia distinga sus juicios propios de las sugeriones del instinto.

Este tiene, con efecto, cierta facultad de comparacion, y nuestra libertad se ejercita con respecto á él, de la propia manera que con respecto á nuestra inteligencia. Escogemos entre el bien y el mal fisico cuyo dominio pertenece al instinto, como entre el bien y el mal moral, cuyo dominio pertenece á la inteligencia: podemos engañarnos tanto en una eleccion como en la otra, y debemos procurar constantemente que esta equivocacion no tenga lugar sino en el menor número de veces posible.

XV. Lo repetimos, pues: el deber de procurar cuanto conviene á nuestra naturaleza material no tiene únicamente por objeto la consecucion de un bienestar tambien material, sino el de proporcionar á nuestra naturaleza espiritual los medios de disponer de unos instrumentos mas útiles y mas seguros.

XVI. Preséntase aquí, bajo la forma de una objecion á este deber, una opinion que aunque sea tan antigua como el mundo, no deja de ser por eso el mas peligroso y el mas trascendental de los errores.

De todos los misterios en cuyas sombras se pierde para nuestros débiles ojos el principio y la causa de todas las cosas, el que mas vivamente ha preocupado la curiosidad del hombre, á aquel que aceptado facilmente cuando se trata de los sufrimientos de otro y siempre desconocido cuando se trata de nuestras propias dolencias, nos ha hecho blasfemar de Dios con mas frecuencia, y negar la existencia de una ley de orden y de justicia, es el estado de evidente inferioridad en que se encuentra el alma en cuanto á sus medios de manifestacion, ya desde el instante de su nacimiento, ya de improviso durante el curso de la vida, en individuos que no han hecho abuso alguno de su libertad, que no han cometido mal alguno y que no se han hecho merecedores de castigo.

Una pobre madre bendecia y daba gracias á Dios por la encantadora sonrisa de su hijo. El niño creció, y su sonrisa se conservó siempre la misma; pero su pensamiento permaneció estacionario, de suerte que era siempre el mismo para todo el mundo y para todas las sensaciones, excepto las dolorosas. Entonces la pobre madre no se atrevió á bendecir á Dios; bien pronto se apoderó de ella un desfallecimiento completo; dejó de orar, y sucediendo á este estado el de la desesperacion, acusaba á Dios de injusticia. En efecto, ¿por qué este niño, objeto de tantas es-

peranzas, por qué esta inocente criatura que merecia tambien del amor y de las virtudes de su padre y de su madre, habia sido condenado á morir idiota despues de una existencia inútil, para sí misma, y que solo servia de carga para los otros? ¿Por qué el fuego sagrado de la inspiracion divina se habia estinguido en él antes de haber brillado? ¿Por qué su alma luchaba en vano para manifestar sus impresiones y afectos? Y ese otro hombre, cuya alta y sublime inteligencia era el orgullo de sus conciudadanos, ¿por qué, despues de haberse dormido ayer en el pleno y tranquilo goce de sus facultades morales, se ha despertado esta mañana con su razon trastornada y en estado de locura? ¿Por qué aquel otro dotado de una voluntad firme y de una robusta inteligencia, yace inerte en cuanto á sus facultades físicas, sin poder dirigir los movimientos de su cuerpo ni hacer que sus órganos materiales le presten los servicios mas regulares y sencillos? ¿Por qué, en fin, ocultaba este otro un germen de prematura, destruccion y aniquilamiento, germen misterioso que desarrollándose de un modo repentino, ha inutilizado todos los esfuerzos empleados para neutralizarlo y para conseguir que este individuo recobrase el ejercicio de sus facultades físicas y morales?

Estas cuestiones se han multiplicado hasta lo infinito, y sin embargo, la resolucion que se dá de todas ellas es casi siempre la misma; el sabio las resuelve con esta gran palabra: *Misterio!* El hombre vulgar con esta otra: *Fatalidad!*

La esplicacion por medio de la fatalidad, es

uno de esos ridiculos extremos de despecho con que nos es imposible conformarnos. Ante la fatalidad desaparece toda idea del deber, porque no pudiendo obrar el hombre en manera alguna, ni sobre sí mismo ni sobre los seres que le rodean, no hay para él otro bien ni otro mal que el que existe para los minerales y las plantas, dado que se suponga al bien y al mal como perceptibles para estas dos clases de seres.

Véamos, pues, si puede darse otra explicacion á las desgracias que afectan á la humanidad, por imprevistas, por inmerecidas, por dolorosas y afflictivas que puedan parecernos. Véamos si la insuficiencia de nuestro entendimiento para subir con paso firme de causa en causa, puede ser un motivo bastante para que neguemos y desconozcamos en Dios, como causa suprema, el orden y la justicia que de él emana, y que distribuye admirablemente entre todas las criaturas.

Como esta va á ser casi una discusion en regla, sentémonos por un momento en los bancos del aula, y discutamos por medio de argumentacion en forma.

—¿Admitis, sí ó no, que todas las almas provienen de un mismo origen?

—Lo admitimos, sin duda alguna.

—¿Por qué?

—Porque si así no fuese, el universo no podría ser uno solo: debiéramos suponer al menos dos criadores, idea tan ridícula y absurda, que ha sido la primera desechada entre todos los antiguos errores.

—Teniendo todas las almas un mismo origen, ¿no deben ser tambien iguales entre sí?

—Ciertamente.

—¿Y por qué?

—Porque todos los hijos de un mismo padre son iguales unos á otros.

—Y si todas las almas son iguales entre sí, ¿no es consecuencia lógica que tengan un derecho igual á manifestarse con el mismo poder y las mismas facultades?

—Sin duda alguna.

—¿No vemos, sin embargo, que hay almas condenadas á servirse de órganos materiales mas imperfectos que los de las otras, ó mejor dicho, que algunos hombres nacen con la dura obligacion de hacer mas esfuerzos que otros para conocer el bien y para practicarlo?

—Es verdad que así sucede, y esto es precisamente lo que atribuimos nosotros á la fatalidad.

—En este supuesto, ¿la fatalidad es un destino determinado con anterioridad, y tan inmutable en su cumplimiento como en su fin?

—Nosotros la definimos con diversas palabras, pero que significan poco mas ó menos lo mismo que queda dicho.

—Segun eso, un hombre que haya nacido con escasa inteligencia en vano procurará aumentarla y estenderla, porque no lo logrará nunca. Un hombre que haya nacido con grande inteligencia puede abusar de ella hasta el extremo que guste, porque no logrará disminuirla nunca.

—Nunca.